

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XLII. Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras
muchas
cosas dignas de saberse

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

CAPITULO XLII.

Que trata de lo que mas sucediò en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÒ en diziendo esto el cautivo, à quien Don Fernando dixo: Por cierto, señor Capitan, el modo con que avèys contado este esotraño suceffo, ha sido tal, que iguala à la novedad y esotrañezza del mesmo caso. Todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes, que marravillan y suspenden à quien los oye: Y es de tal manera el gusto que hèmòs recibido en escuchalle, que aunque nos hallàra el dia de mañana entretenidos en el mesmo cuento, holgàramos que de nuevo se començàra. Y en diziendo esto, Cardenio, y todos los demas se le ofrecièron con todo lo à ellos possible, para servirle con palabras y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreciò Don Fernando, que si querìa bolvèrse con el, que el harìa que el Marques su hermano fuèsse padrino del bautismo de Zorayda; y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudièsse entrar en su tierra con la autoridad y comodo, que à su persona se devia. Todo lo agradeciò cortesissimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

EN esto llegava ya la noche, y al cerrar della llegò à la venta un coche con algunos hombres de à Cavallo. Pidièron posado; à quien la ventera respondiò, que no avia en toda la venta un palmo defocupado. Pues aunque effo sea,
dixo

dixo uno de los de à Cavallo que avian entrado, no ha de faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la huespeda, y dixo: Señor, lo que en ello ay es, que no tengo camas: Si es que fu merced del señor Oydor la trae (que si deve de traer) entre en buen hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar à su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero; pero à este tiempo ya avia salido del coche un hombre, que en el trage mostrò luego el oficio y cargo que tenia. Porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser oydor, como su criado avia dicho. Traya de la mano à una donzella, al parecer, de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que à todos puso en admiracion su vista: De fuerte que, à no aver visto à Dorotea, à Lucinda, y à Zorayda que en la venta estavan, creyeran, que otra tal Hermosura como la desta donzella dificilmente podiera hallarse. Hallòse Don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella; y assi como le viò, dixo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrechez, ni incomodidad en el mundo, que no dè lugar à las armas, y à las letras, y mas si las armas, y letras traen por guia y Adalid à la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en essa fermosa donzella à quien deven no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse, y abaxarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced; digo, en este Parayso, que aqui hallarà estrellas y soles, que acompañen el Cielo que vuestra



merced trae consigo. Aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oydor del razonamiento de Don Quixote, à quien se puso à mirar muy de proposito; y no menos le admirava su talle, que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornò à admirar de nuevo quando viò delante de si à Lucinda, Dorotea, y Zorayda, que à las nuevas de los nuevos huéspedes, y à las que la ventera les avia dado de la hermosura de la donzella, avian venido à verla, y à recibirla. Pero Don Fernando, Cardenio, y el Cura le hizieron mas llanos, y mas cortefanos ofrecimientos. En efeto el señor Oydor entrò confuso assi de lo que veya como de lo que escuchava; y las hermosas de la venta dièron la bien llegada à la hermosa donzella. En resolucion bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estava. Pero el talle, visage, y la apostura de Don Quixote le defatinava: Y aviendo passado entre todos cortefes ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estava ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda: Y assi fuè contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuèsse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el Oydor traça, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensavan.

EL cautivo, que desde el punto que viò al Oydor, le diò saltos el coraçon, y barruntos de que aquel era su hermano, preguntò à uno de los criados que con el venian,
que

que como se llamava? Y si sabia, de que tierra era? El criado le respondiò, que se llamava el Licenciado Juan Perez de Viedma; y que avia oydo dezir, que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el avia visto, se acabò de confirmar de que aquel era su hermano que avia seguido las letras por consejo de su padre. Y alborozado y contento, llamando à parte à Don Fernando, à Cardenio, y al Cura, les contò lo que passava, certificàndoles, que aquel Oydor era su hermano. Aviale dicho tambien el criado, como iba proveydo por Oydor à las indias en la audiència de Mexico. Supo tambien como aquella donzella era su hija, de cuyo parto avia muerto su madre, y que el avia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidiòles consejo, que modo tendria para descubrirse, ò para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentava, ò le recebia con buenas entrañas. Dèxeme à mi el hazer essa experiencia, dixo el Cura; quanto mas que no ay pensar, fino que vos, señor Capitan, serèys muy bien recibido; porque el valor y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no dà indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el Capitan, yo querrìa no de improvisò, fino por rodeos darme à conocer. Ya os digo, respondiò el Cura, que yo lo traçarè de modo, que todos quedèmos satisfechos.

Y A en esto estàva adereçada la cena, y todos se sentaron à la mesa, excepto el cautivo, y las Señoras, que cenaron de por si en su aposento: Y en la mitad de la cena dixo



el Cura: Del mismo nombre de vuestra merced, señor Oydor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años; el qual camarada era uno de los valientes soldados, y capitanes, que avia en toda la infanteria Española; pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamava esse Capitan, Señor mio? preguntò el Oydor. Llamàvassè, respondiò el Cura, Ruy Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon: El qual me contò un caso, que à su padre con sus hermanos le avia sucedido, que à no contarmelo un hombre tan verdadero como el, lo tuvièra por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego: Porque me dixo, que su padre avia dividido su hazienda entre tres hijos que tenia, y les avia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y sè yo dezir, que el escogì el de la guerra; y le avia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerço, sin otro braço que el de su mucha virtud, subìò à ser capitan de infanteria, y à verse en camino y predicamento de ser presto maestro de campo. Pero fuè la fortuna contraria, pues donde la pudièra esperar y tener buena, alli la perdiò con perder la libertad en la felicissima Jornada, donde tantos la cobraron, que fuè en la batalla de Lepanto. Yo la perdì en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino à Argel, donde sè, que le sucediò uno de los mas estraños casos que en el mundo han sucedido. De aqui fuè profiguiendo el Cura, y con brevedad succinta contò lo que con Zorayda à su hermano avia sucedido. A todo lo qual estàva tan atento
el

el oydor, que ninguna vez avia sido tan oydor como entonces. Solo llegó el Cura al punto, de quando los Franceses despojaron à los Christianos que en la barca venian, y la pobreza, y necesidad en que su camarada y la hermosa Mora avian quedado; de los quales no avia sabido en que avian parado, ni si avian llegado à España, ò llevàdolos los Franceses à Francia.

Todo lo que el Cura dezia, estava escuchando algo de allí desviado el capitan, y notava todos los movimientos que su hermano hazia: El qual, viendo que ya el Cura avia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O Señor, si supiesedes las nuevas que me avèys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas làgrimas, que contra toda mi discrecion, y recato me salen por los ojos. Este Capitan tan valeroso, que dezis, es mi mayor hermano, el qual, como mas fuerte, y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno exercicio de la guerra, que fuè uno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestro camarada en la conseja, que à vuestro parecer le oystes. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veys. Mi hermano menor està en el Pirù tan rico, que con lo que ha embiado à mi padre, y à mi, ha satisfecho bien la parte que el se llevó, y aun dado à las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural. Y yo ansi mismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que
me

me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el desèo de saber de su hijo mayor; y pide à Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos, hasta que el vea con vida à los de su hijo; del qual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos, y afliciones, ò proferos suceßos se aya descuydado de dar noticia de si à su padre; que si el lo supiera, ò alguno de nosotros, no tuvièra necesidad de aguardar al milagro de la Caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo aora me temo es, de pensar, si aquellos Franceses le avràn dado libertad, ò le avràn muerto por encubrir su hurto. Esto todo serà que yo profiga mi viage, no con aquel contento con que le comencè, sino con toda melancolia y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera aora adonde estavas, que yo te fuèra à buscar, y à libràr de tus trabajos, aunque fuèra à costa de los mios! O quien llevàra nuevas à nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuvièras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de alli te facèran sus riquezas, las de mi hermano y las mias? O Zorayda hermosa y liberal, quien pudièra pagarte el bien, que à mi hermano hiziste! Quien pudièra hallarse al renacer de tu alma, y à las bodas, que tanto gusto à todos nos dièran! Estas y otras semejantes palabras dezia el oydor lleno de tanta compassion con las nuevas que de su hermano le avian dado, que todos los que le oyan, le acompañavan en dar muestras del sentimiento, que tenian de su lastima.

VIENDO, pues, el Cura, que tan bien avia salido con su intencion, y con lo que desèava el capitan, no quiso tenerlos à todos mas tiempo tristes; y assi se levantò de la mesa,

mesa, y entrando donde estava Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinièron Lucinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estava esperando el capitan à ver lo que el Cura queria hazer ; que fuè, que tomàndole à el assimesmo de la otra mano, con entrambos à dos se fuè donde el Oydor y los demas Cavalleros estavan, y dixo : Cessen, Señor Oydor, vuestras làgrimas, y còlmesè vuestro desèo de todo el bien que acertare à desfeer, pues tenèys delante à vuestro buen hermano, y à vuestra buena cuñada. Este que aqui vèys, es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixè, los pusieron en la estrechez que veys, para que vos mostrèys la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudiò el capitan à abraçar à su hermano, y el le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado : Mas quando le acabò de conocer, le abraçò tan estrechamente, derramando tan tier-nas làgrimas de contento, que los mas que presentes estavan, le huvièron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixèron, los sentimientos que mostraron, apenas, creo que pueden pensarse, quanto mas es-crivirse. Alli en breves razones se dièron cuenta de sus suceffos : Alli mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos : Alli abraçò el Oydor à Zo-rayda : Alli la ofreciò su hazienda : Alli hizo que la abraçasse su hija : Alli la Christiana hermosa, y la Mora hermosissima renovaron las làgrimas de todos : Alli Don Quixote estava atento sin hablar palabra, considerando estos tan estraños suceffos, atribuyèndolos todos à quimeras de la andante cavalleria. Alli concertaron, que el capitan y
Zorayda



Zorayda se bolviessen con su hermano à Sevilla, y avisassen à su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiessen, viniessen à hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor possible dexar el camino que llevava, à causà de tener nuevas, que de alli à un mes partia flota de Sevilla à la nueva España; y fuèrale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su Jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que della les quedava. Don Quixote se ofreciò à hazer la guarda del castillo, porque de algun Gigante, ò otro mal andante Follon no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerrava. Agradecièronfelo los que le conocian, y dièron al Oydor cuenta del humor estraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibì. Solo Sancho Pança se desesperava con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su Jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dirà. Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demàs acomodandose como menos mal pudieron, Don Quixote se saliò fuera de la venta à hazer la centinela del castillo, como lo avia prometido.

SUCEDIÒ, pues, que faltando poco por venir el Alva, llegò à los oydos de las damas una voz tan entonada, y tan buena, que les obligò à que todas le prestassen atento oydo, especialmente Dorotea, que despierta estava, à cuyo lado dormìa doña Clara de Viedma (que assi se llamava la hija del Oydor.) Nadie podia imaginar, quien era la persona